



Relatos

Navidad  
¿y algo más?

Priscila Serrano

Navidad  
¿y algo más?

Priscila Serrano

Título: Navidad, ¿y algo más?

© 2019, Priscila Serrano.

De la cubierta y maquetación: 2019, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*A veces necesitamos una pequeña chispa de magia para recrear nuestro existir, la Navidad es esa chispa .*

## Navidad, dulce navidad

Érase una vez una noche estrellada, una noche repleta de luces de colores... En cada esquina, la gente cantaba la misma canción: *Navidad, Navidad, dulce Navidad*. ¿En serio? O sea, ¿no hay más repertorio? A veces pienso que se quedaron anclados en esa canción. Menos mal que en mi casa se saben más.

Me encuentro en un atasco con el coche, esperando pasar el maldito semáforo que se ha puesto en verde cuatro veces y todavía sigo aquí, sin poder avanzar por la cantidad de vehículos que hay a esta hora. A este paso, me comeré las uvas aquí y eso que aún estamos a veintitrés de diciembre. Mi manía de dejarlo todo para última hora... Todavía me faltan por comprar algunos regalos de Papá Noel para mis sobrinos, unos sobrinos que piden demasiadas cosas y encima muy caras. Creo que al final compraré lo que me salga de las narices y santas pascuas.

Cuando por fin cruzo el semáforo, estoy a solo cinco minutos del centro comercial. Aunque claro, ahora la cola para entrar será incluso más larga. Dios mío, el año que viene empiezo a comprar los regalos en verano.

Casi una hora después, consigo aparcar el coche y me bajo con la clara intención de correr como si se me fuera la vida en ello. Voy tan rápido que parece que estoy en una maratón.

Miro el reloj de mi muñeca justo cuando entro en el centro comercial y compruebo que son casi las nueve de la noche. Pronto cerrarán así que tengo muy poco tiempo. Encima aquí hay mucha gente. Me estoy agobiando.

Camino sorteando a las personas y me dirijo hacia la tienda de juguetes. Espero tener suerte y encontrar algo que les guste a Paula y Julia. Mis sobrinas han sido muy claras en su carta a Papá Noel, quieren la misma muñeca. Exactamente la misma y su madre, es decir, mi hermana, no la ha encontrado. Suerte que mi amiga Susana me ha dicho que esta mañana había visto cinco muñecas aquí.

Comienzo con la búsqueda loca y tras sortear a muchas personas en el camino, veo a lo lejos la estantería donde se suponía que debían estar las cinco muñecas, pero solo quedan tres. Entonces veo a cámara lenta como una señora coge una. Me quedo expectante, rezando para que no coja ninguna más y la veo marcharse con la muñequita de los... «Cálmate, Julia, no seas malhablada», me digo a mí misma justo cuando emprendo camino hasta esas perfectas muñecas que parecen sonreírme desde sus cajas rosadas y llenas de brillos. No pueden ser más feas pero claro, si mis niñas las quieren, la tita Julia se las consigue.

Cojo la primera y me la llevo al pecho como si hubiese conseguido el premio a la mejor tía del año y justo cuando toco la segunda, alguien agarra el otro lado de la caja y mis manos

comienzan a temblar. Miro a la persona que está quitándome lo que llevo buscando más de diez minutos y nos quedamos congelados. «No puede ser», pienso.

—¿Julia? —Su voz me pone la piel de gallina. Es esa misma voz que tantas veces me susurraron palabras bonitas hace más de un año.

—David... Hola —titubeo, nerviosa—. Cuánto tiempo. ¿Qué tal?

Sonríe al percatarse de mi nerviosismo y no le culpo, se me nota tanto que hasta siento cómo arden mis mejillas.

—Bien, muy bien. No sabía que estuvieras en Madrid —dice sin soltar la muñeca, cosa que yo tampoco hago.

Me quedo pensativa unos segundos, los mismos en los que él no me quita la vista de encima. Es más, incluso me ha repasado de arriba abajo, aunque no haya mucho que ver con tanta ropa. El polar que llevo me llega hasta las rodillas y ni qué decir de lo gordo que es; hasta podría pasar por una embarazada. Dios me libre, ya tengo suficiente con mis sobrinas.

—Eh, sí. Llevo viviendo aquí cinco meses, pensé que era buena idea volver a casa. —Agacho la cabeza un poco avergonzada.

Nuestra historia de amor fue la más bonita que he vivido en toda mi vida. No hay día que no recuerde todos los momentos que pasamos juntos en Canarias. Nos fuimos a vivir allí tras dos años de novios porque me había salido un trabajo. El trabajo de mi vida, en realidad. Éramos felices, él también había conseguido un buen empleo, pero no fue suficiente. Al menos no para él. Entonces, una noche decidió por los dos y se marchó dejándome allí sola, sin familia ni amigos. No llevábamos tanto tiempo en Canarias como para tener un vínculo con otras personas y me dolió que me dejase tirada cuando teníamos tantos planes.

—Me alegro de que hayas vuelto —responde sincero.

—Gracias, yo también.

Nos quedamos un momento en silencio y tiro de la muñeca, pensando que la va a soltar pero no lo hace. Es más, él tira también. Alzo una ceja incrédula, pues de verdad pensaba que iba a dejar que me la llevara. No, por lo visto no será así.

—Eh... Necesito esa muñeca —le digo con calma.

—Yo también y mucho —replica aferrándose a ella.

—No lo entiendes, necesito las dos muñecas. Ya sabes que tengo dos sobrinas y las dos quieren la misma muñeca. Y no hay más en ninguna parte.

—Yo también tengo una sobrina a la que no veo desde hace más de cinco meses y es la única que queda. Vamos, no seas egoísta, ya tienes una.

Comienzo a negar, poniéndome más roja aunque no por vergüenza sino por el cabreo que está creciendo en mi interior, lenta y dolorosamente. Creo que David no recuerda cómo me pongo cuando me enfado y hoy va a ver la peor parte de mí como no suelte la dichosa muñeca.

—Espera, pensemos con claridad, por favor —refiere pasándose la mano que tiene libre por su precioso y sedoso cabello negro. No puedo dejar de observarle—. Echémoslo a cara o cruz. ¿Te parece? —Alzo una ceja con altanería y a la misma vez enseño mi preciosa mueca de desconcierto que tanta gracia suele hacer pero que a él, por increíble que parezca, le resulta tierno.

—Sigues siendo la misma —murmura de pronto.

Abro los ojos desorbitadamente y me muerdo el labio inferior justo cuando se acerca unos milímetros. Ha sido un leve movimiento que he notado al oler más de cerca su colonia. «Sigue utilizando la misma», pienso mirándole a los ojos. David sonríe dulcemente y yo creo que pronto caeré al suelo hecha gelatina. Es tan guapo, siempre lo ha sido. Niego desechando cualquier pensamiento sobre el hombre que me dejó tirada solo por no ser capaz de vivir con su novia en otro lugar y crear su propio hogar. No fue capaz de luchar.

—¿Sabes? Dejaré la muñeca con una condición —propone.

—¿Qué condición?

—Que cenes conmigo esta noche. —Trago saliva nerviosa, muy nerviosa y me quedo sopesando su propuesta. Como si fuera posible aceptarla como si nada...

—Lo siento pero no puedo —respondo sin titubear.

—Entonces, dame la muñeca que tengo que irme.

—No te la vas a llevar, yo la he visto antes. No es justo que vengas ahora y me la quites, así como...

—¿Así como qué? ¿Qué ibas a decir, Julia? —Me interrumpe, sabiendo que si no llega a hacerlo, podría haber dicho algo de lo que después me arrepentiría.

Y la verdad es que necesito gritarle algunas cosas que tengo atascadas en la garganta desde que lo vi marcharse, desde que salió por la puerta aquella noche en la que creía que me esperaba con una cena romántica. Era nuestro aniversario y al final fue nuestro último día juntos. Es todo tan surrealista.

—Nada, será mejor que me vaya. —Me giro, dejándole la muñeca. Ya buscaré otra.

Camino con la única muñeca que he conseguido entre los brazos, como si quisiera llenarlos de algo que no sea soledad. Luego la pego a mi pecho, ahí donde aún sigue doliendo. Donde, a pesar del tiempo, sigue latiendo por la única persona que he amado en mi vida. Pero fue tan cobarde, tan egoísta.

Llego hasta la caja y pongo la muñeca sobre la cinta para pagarla y así irme de una maldita vez para volver a mi casa, de donde no saldré hasta mañana a las nueve de la noche. Tengo el día libre así que me hundiré en mi miseria con el fin de que algún día pueda volver a salir del pozo con una sonrisa y gritando que lo he superado. Lo más gracioso de todo es que pensaba que así era, que había superado la ruptura, el abandono, pero ahora que he vuelto a verle, me siento incluso peor que antes.

Sobre las once de la noche, llego a mi apartamento y tras dejar la muñeca y mi bolso en la entrada, me quito el polar para dejarlo sobre la silla de comedor. En seguida enciendo la calefacción y las luces del árbol de navidad. No es que me guste, en realidad creo que es más por costumbre que otra cosa; mis padres siempre me han enseñado lo valioso de esta época, lo bonito que es pasarlo con la familia y amigos, con el amor... No tengo de eso, no hay amor por ninguna parte.

Voy hasta la cocina y me preparo un chocolate caliente para después sentarme en el sofá con la manta que me regaló mi hermana el año pasado, es de borrego y muy calentita. Aquí en Madrid hace demasiado frío, tanto que no soy capaz de desnudarme para ponerme el pijama hasta que la casa esté caldeada.

Enciendo la tele y busco una película en Netflix, justo cuando escucho unos toques en la puerta. Me pongo nerviosa, no suelo recibir visitas a esta hora. En realidad, no suelo recibir visitas, soy algo solitaria. Me levanto y arrastro los pies hasta la puerta.

—¿Quién es? —Pregunto asustada.

—Soy David. ¿Me abres la puerta?

Apiño los labios y frunzo el ceño. ¿Qué hace aquí? Me pongo de espaldas a la puerta y echo la cabeza sobre ella. Me quedo así unos segundos, pensando si abrir o no. Suspiro un par de veces cuando vuelvo a escuchar su voz.

—Julia, por favor. Necesito hablar contigo —suplica y escuchar así su voz, no hace más que hacerme más daño.

Sé lo que quiere decirme, como también sé lo que puedo llegar a sentir cuando lo escuche. También sé que sigo enamorada y que mi vuelta ha sido por él y nada más que él. Eso no lo sabe, no he llegado a decírselo porque cuando llegué, David no estaba. Estuvo fuera un tiempo, según su madre necesitaba pensar y este no era el lugar. La verdad es que no sabía que también había regresado a Madrid.

—Yo, sigo queriendo... —Lo escucho suspirar—. Te he traído una cosa.

—Déjalo en la puerta y vete, David. No es el momento de hablar algo que podrías haberme dicho en otra ocasión, en otro lugar —esto último lo digo más para mí que para él, aunque estoy segura de que me ha escuchado.

—No pienso irme hasta que me abras y me dejes hablar contigo. Solo cinco minutos y si después de eso sigues sin querer verme, me iré y no te molestaré más.

Sin más, abro la puerta y me mira.

—Solo cinco minutos, es lo máximo que te doy. Tú a mí no me diste ni un minuto para poder hacer que...

No termino la frase cuando sus labios chocan con los míos. Siento la calidez de sus manos cogiendo mis mejillas para apresarme más a su boca, para no dejarme ir. Por un momento intento escapar de él, de este beso que hará estragos en mí, que hará que vuelva a caer en sus brazos

como si no me hubiesen soltado nunca.

Nos separamos unos milímetros con la respiración agitada. David pega nuestras frentes para después clavar sus ojos verdes en los míos y suspira.

—No sabes lo que he necesitado este beso, lo que he soñado con este momento —declara con la voz cargada de agonía.

—Si no me hubieras dejado allí, no habría sido un sueño —respondo, demostrándole cuán dolida estoy.

—Perdóname, no tenía que haberte dejado. No sabes lo que me arrepiento. —Se separa de mí—. Pensé que yo sería una piedra en tu camino, en esa vida que tanto te había costado conseguir. Ser la jefa de recursos humanos en esa empresa fue siempre tu sueño y yo no quería que lo dejaras por mí, porque yo no era feliz allí. Creí que hacía lo mejor para ti...

—Pero no fue así, rompiste mi corazón en mil pedazos y me convertiste en lo que ves ahora; una mujer dolida que no es capaz de ser feliz y mucho menos confiar en nadie —le interrumpo dándome la vuelta para ir hasta el sofá y volver a sentarme.

Hundo la cara entre mis manos a la vez que siento las suyas cogerlas para hacer que lo mire. Está de rodillas frente a mí y creo que esta noche será mi fin, lo estoy viendo venir.

—¿Qué era lo que me traías? —Intento relajar el ambiente con una pregunta que no viene al caso.

Sonríe de lado y coge la bolsa que traía en las manos y que no había visto hasta ahora. Saca la muñeca y yo alzo ambas cejas, sorprendida. Me la tiende para que la coja.

—Es tuya.

—¿Por qué?

—Porque no tengo nada. Todo lo que soy, lo que tengo... lo que ves, es tuyo Julia y quiero que siempre sea así. —Vuelve a agacharse frente a mí—. Te quiero mucho más que aquella noche en la que me equivoqué, la noche que no logro olvidar porque no soy capaz de sacarte de mi mente. Te quiero mucho más que cuando te vi la primera vez en esa gasolinera. —Me regala una sonrisa sincera y tierna—. Te quiero incluso más que cuando me tiraste aquel vaso de agua en la cara cuando intenté pedirte una cita. Pero es que estaba tan loco por ti que no era capaz...

No puedo seguir escuchando sus palabras porque ya han calado hondo en mi pecho, mucho más hondo que cuando comenzamos con este amor que no morirá jamás. Lo beso con todo el amor que soy capaz de sentir por él, con el mismo amor que he intentado esconder y no he podido. David me abraza, me encierra entre sus brazos a la vez que me levanto para poder abrazarle. Subo mis manos hasta su cuello y entrelazo mis dedos en su nuca, buscando más profundidad en este beso que marcará un antes y un después en nuestra historia.

Estamos tan absortos en nosotros mismos que no nos damos cuenta de que un móvil comienza a sonar hasta pasados unos segundos. No es el mío, cómo va a serlo si yo odio ese villancico: *Navidad, Navidad, dulce Navidad. Qué alegría en este día hay que celebrar.*



Me separó de él y alzo una ceja para después mirarle a los ojos. Reprimo la carcajada porque sé que no es el momento.

—¿En serio? —Pregunto. Más él no responde—. Odio esa canción.

—Lo sé, por eso mismo la he puesto de tono de llamada. —Arrugo la frente—. Me recordaba a ti.

Estallo en una estruendosa carcajada que hace que él se una a mí. Ambos nos reímos sin motivo aparente y sin embargo, no podemos parar.

—Feliz Navidad, dulce Navidad, Julia —murmura cerca de mi boca.

—Feliz Navidad, dulce Navidad, David.

Nos besamos para sellar nuestro amor, para demostrar que ni el tiempo y mucho menos la distancia es capaz de acabar con algo tan poderoso como es el amor verdadero.

Después de esto, amaré el villancico y lo cantaré todas las Navidades que pase junto a él porque sé que esta vez, será para siempre.

FIN

# Copos de nieve

Me encanta la Navidad, la música, el ambiente y todo lo que conlleva. Las luces, los árboles cubiertos de nieve..., esa misma nieve que me tiene atrapada aquí, en esta cafetería. ¿Se puede tener más mala suerte? No, claro no. Debería estar con mi familia, cenando con ellos, pasando una bonita noche mientras cantamos villancicos y miramos a los más pequeños abrir los regalos justo en el momento en el que mi padre y yo tocamos el piano. No, desde luego que este no era el plan.

Miro por la ventana. Cada vez que me acerco, miro cuánto ha subido la nieve y maldigo a regañadientes porque ya apenas se ve el exterior. Giro sobre mis talones y me fijo en que hay bastantes personas aquí con la misma cara que yo, están tristes y preocupados. Además, hace mucho frío. No entiendo como el dueño teniendo una chimenea, no es capaz de encenderla. Pero me va a oír.

Camino decidida, ya son muchas horas las que estamos aquí y no sabemos ni quién es y las camareras solo nos dan largas.

—¿A dónde va, señorita? —Me pregunta una de las chicas que me atendió en la tarde cuando entré aquí para calentarme un poco.

—Necesito ver al dueño del bar. Dígame dónde se encuentra y no tendremos problemas —la amenazo con una ceja alzada.

—Lo siento, él no se encuentra bien y no podemos molestarle en este momento. Ya nosotras estamos haciendo lo posible para que todos estén bien. ¿No es suficiente para usted? —Me reprocha en modo de pregunta y niego cabreada.

—Mira a tu alrededor. ¿Crees que es suficiente? Hay una chimenea que no está encendida y no tenéis suficientes mantas para todos. Tampoco hay calefacción porque la luz se fue. Dime, ¿es suficiente?

Agacha la cabeza avergonzada. Lo que yo pensaba... Claro que no es suficiente y hay que arreglar este problema. Tenemos que salir de aquí, intentar contactar con alguien que nos ayude.

—Está bien, pero no le diga que fui yo quien la dejó pasar, por favor.

—Ni que fuera un ogro. —Se encoge de hombros—. Pues me da igual que lo sea, me va a oír.

La camarera me dice que está dos pisos más arriba. No sabía que todo el edificio fuera del mismo dueño y que hubiera una entrada interior. Entro decidida y busco las escaleras que me llevarán a él. Me fijo en el interior y me percató de que es un edificio en muy mal estado, va siendo hora de que le den una manita de pintura.

Cuando llego al segundo piso, busco con la ayuda de la linterna del móvil dónde puede estar, pero me es complicado ya que al menos hay cinco puertas. Entonces escucho golpes en la tercera y me asusto de inmediato. «Creo que no es buena idea que me acerque a esa puerta», pienso a la vez que mis pies hacen de las suyas y van directas a esa puerta que no quiero cruzar. Sin hacer ruido,

la abro despacio y apago la linterna, no quiero que nadie me vea. ¿Y si hay un asesino cortando a su víctima para luego comérsela? Niego inmediatamente. «Tengo que dejar de ver esas películas», pienso de nuevo.

Entro atraída por esos golpes que lo único que me provocan es más miedo, incrementando el frío que tengo en el cuerpo. Ni el abrigo que llevo hace que deje de tiritar y, obviamente, castañear los dientes, cosa que me delata. Dejo de escuchar los golpes para luego oír unos pasos acercarse. Intento esconderme, pero me es imposible y enciendo de nuevo el móvil para ponerlo en la cara de mi “asesino”.

—¿No me mates, por favor! —Grito presa del pánico.

—¿Qué está diciendo? No la voy a matar —responde con la voz más dura que he escuchado en toda mi vida—. ¿Quiere apartar esa luz de mis ojos? —Farfulla.

Le hago caso y aparto el móvil, pero sin dejar de alumbrar. No quiero bajar la guardia por si acaso.

—¿Quién es usted y qué hace aquí arriba? Les dejé claro a las camareras que no podían dejar pasar a nadie aquí.

Suspiro. Aún no he podido mirarle, su voz me da miedo. Poco a poco, subo mi cabeza y me quedo completamente bloqueada. El dueño del bar no es un viejo como yo pensaba sino todo lo contrario. Es joven y atractivo, mucho a decir verdad.

—Lo siento, yo la obligué a decírmelo. —Mi voz sale al fin, aunque con un gran nudo en la garganta porque me impone tanto que no sé cómo hablar.

Tenía tantas cosas que decirle que ahora no sé dónde se han quedado las palabras que quería soltarle al supuesto ogro. Aunque la chica que me atendió no se equivocó.

Nos quedamos en silencio, creo que ni él puede hablar. Entonces, evitando un contacto con él, miro a mi alrededor y me percató del estropicio que hay formado en la habitación. Los muebles están destrozados y hay un puñado de madera tirada en el suelo. ¿Acaso ha estado rompiendo los muebles? Vuelvo a mirarle y recupero mi voz en cuanto lo veo bajar la guardia, su semblante ha cambiado un poco, solo un poco y esa mirada dura ahora se fija en sus pies.

—¿Ha estado rompiendo los muebles para encender la chimenea?

—No le importa —escupe, dándose la vuelta.

—Claro que me importa, abajo estamos pasándolo muy mal y el frío ya está haciendo estragos en todos. Ya ni tenemos café o chocolate caliente porque los termos ya no están calientes —le explico, intentando que me diga la verdad—. Aunque claro, a usted no le importa porque se ha quedado aquí arriba todo el tiempo y lo que pase abajo no es su problema... apuesto a que aquí se mantiene caliente y lejos de los llantos de algunas personas...

—¿Pare de una vez! No me conoce de nada y no le voy a permitir que venga aquí a decir de mí lo peor. ¿Quién se cree que es?

Coge el hacha del suelo y sigue cortando la madera.

—Mejor deje de hablar y ayúdeme. Tenemos que bajar esta madera para que enciendan la chimenea de una vez.

Sonríó complacida, al final era por eso y su manera de decírmelo es dándome órdenes, pero no le culpo, al menos está haciendo algo por las personas que estamos abajo pasándolo mal.

Busco a mi alrededor algo que me ayude a bajar una cantidad considerable de madera y me fijo en una maleta un tanto rota, pero que me servirá para poder meterla y poder bajar los dos pisos. Me dispongo a meter toda la que puedo y la cojo, comprobando que pueda con tanto peso. Al asegurarme de ello, me doy la vuelta para bajarla pero antes de cruzar el umbral, escucho su voz y me detengo en seco.

—Espere. —Oigo sus pasos—. Déjeme que la ayude. —Pasa sus manos por las mías y una electricidad me recorre todo el cuerpo.

Se queda así, con mi mano agarrada y mis ojos se clavan en los suyos, unos ojos azules tan claros que podrían llegar a ser cristalinos. Trago saliva y se aleja de mí después de romper el contacto.

—Creo que puedo bajarlo yo, quédese aquí apilando más madera. —Asiento y suelto la maleta.

Durante horas, seguimos bajando madera y mantas que he encontrado. No hemos hablado demasiado, lo suficiente para que me cuente que este edificio era un hotel que perteneció a sus padres y que con el tiempo tuvo que cerrar porque debía reformarlo y el dinero que le daba el bar no era suficiente para hacerlo. Me da mucha pena que un edificio con tanto encanto esté cerrado y nadie pueda pasar aquí el tiempo que, estoy segura, antes pasaban. Debía ser un lugar precioso. Ya me lo imagino; un sitio ameno, lleno de familias, amores prohibidos y un ambiente hogareño de ensueño.

Cuando por fin hemos bajado todo, me quedo abajo calentándome en la chimenea. Miro a mi alrededor y voy comprobando que todo el mundo está calentito y más tranquilo. Algunas personas se han quedado dormidas. Miro la hora en el móvil, son las tres de la madrugada y aún nadie ha venido a rescatarnos y lo peor de todo es que ni siquiera he podido ponerme en contacto con mi familia para que no se preocupe. Encima no les dije dónde estaba así que aquí no vendrán.

Sigo observando y me fijo en que él no está, seguramente estará en su cueva. No me gustaría que estuviese pasando frío, así que me levanto y camino hasta las escaleras internas envuelta en la misma manta que él me dio hace más de una hora. Cuando llego arriba, entro en la habitación y siento mucho frío, como si estuviera en la intemperie y no aquí encerrada.

—¿Qué hace? —Corro hasta la ventana, donde lo veo como si estuviera a punto de saltar—. ¿Es que pretende matarse?

Lo ayudo a entrar y nos miramos mientras los copos de nieve entran en la estancia sin miramientos, llenándonos de nieve. El frío me hace estremecer y él, al darse cuenta, cierra la ventana y me envuelve entre sus brazos. Yo no sé qué hacer, nunca antes me había sentido tan protegida por un desconocido. Miro hacia arriba y me encuentro con su mirada clavada en mí. Trago saliva a la misma vez que él también lo hace.

—No sé quién eres, no sé siquiera a qué te dedicas, pero me pasa algo extraño contigo — murmura apretándome más a su cuerpo—. A lo mejor incluso tienes alguien esperándote fuera y no me importa... nada me importa ahora mismo.

No sé qué decir, me he quedado completamente bloqueada al escuchar sus palabras y lo peor de todo, es que yo siento exactamente lo mismo. Puede que sea un gran desconocido, pero lo que hemos hecho estas horas, mano a mano, ayudándonos y ayudando a los que lo necesitaban, ha sido uno de los mejores momentos que he pasado en toda mi vida. Omitiendo en frío y el encierro, claro.

—¿Siempre lo analizas todo? En vez de pensarlo, habla. Deja de buscar la respuesta a lo que he dicho.

—Lo siento. —Sonríe—. Me ha pillado por sorpresa.

—Yo también lo siento. Creo que a veces puedo ser demasiado impulsivo. Olvida lo que he dicho. —Se aleja de mí y camina hasta la puerta para irse.

—No pienso que seas impulsivo. Algo tosco a la hora de tratar a la gente sí, eso sí que lo pienso. Además, aún no sabes qué pienso de lo que me has dicho.

Se da la vuelta para mirarme. Está nervioso, lo noto, soy capaz de sentir su estado y eso que solo nos conocemos de unas horas. ¿Será que él es la persona que he estado esperando toda mi vida, con la que compartiría mi vida y sueños? No lo sé y la verdad es que prefiero descubrirlo, no voy a dejar escapar la oportunidad de saber lo que voy a vivir con él, porque sé que nos espera algo muy bonito.

Camino hasta él decidida, estoy loca por lo que voy a hacer y no puedo evitarlo, no puedo porque siento que es lo que quiero. Sin sopesarlo siquiera, pego mis labios a los suyos con el fin de comprobar la teoría que ronda mi cabeza. Esto puede ser solo una equivocación, un espejismo por las horas encerrados. Pero no, cuando sus manos suben a mis mejillas y profundizamos el beso, me doy cuenta de que no es un espejismo que yo me he creado, que ambos nos hemos creado. «El frío no me ha congelado el cerebro como pensaba», pienso sin dejar de besarle porque no puedo separarme. Unos segundos o minutos después, no lo sé con exactitud, nos separamos y nos miramos. Creo que no somos capaces de dejar de hacerlo.

—Me llamo Leonardo —dice con una sonrisa, la más bonita que he visto jamás.

—Yo soy Kate. —Vuelve a besarme.

—Encantado de conocerte, Kate —murmura con nuestros labios casi pegados.

Esto es una locura que no seré capaz de olvidar, ni tampoco dejarla escapar. Siempre pensé que eso que decía la gente del amor a primera vista era una pantomima y ahora que soy protagonista de ello, me doy cuenta de que no era así. Sí que existe, incluso creo que el destino fue quien me trajo a este lugar para encerrarme y conocerle. Leonardo es un desconocido, uno que en la calle y en otro momento, no habría sido ni mi amigo. Pero aquí estamos, besándonos como si fuese nuestro último día, como si mañana, al abrir los ojos, no estuviéramos juntos y así como la nieve desaparecerá, él también.

Las horas pasan sin remedio y el miedo de la gente se va disipando en cuanto escuchan a la policía decirnos con un megáfono que quitarían la nieve para poder salir al fin. Menos mal que podremos salir de aquí, aunque yo no quiero irme y mucho menos alejarme de él.

Cuando por fin abren la puerta, la gente va saliendo y yo me quedo dentro, mirándole. Leonardo me insta a irme y yo me niego.

—Tienes que decirle a tu familia que estás bien, porque tienes familia, ¿no? —Asiento agachando la cabeza—. Yo no me moveré de aquí, es mi hogar aunque esté destruido.

Sin poder responderle, me giro y me marchó a casa, donde mi familia estará muy preocupada.

Tras contarle a mis padres lo que había pasado horas atrás y omitiendo lo de Leonardo, me doy un baño caliente y trato de dormir un poco. Al final duermo tanto que me despierto al día siguiente sobre las diez de la mañana. Me levanto como un resorte y con una idea muy clara; tengo que ir a buscarle. Me visto rápidamente y bajo las escaleras a toda prisa para salir de mi casa, pero mi madre me llama.

—¿A dónde vas a estas horas y así de rápido? ¿Ha pasado algo, Kate?

—No, claro que no. Es que olvidé unas cosas en el bar donde estuve encerrada. Con las ganas que tenía de salir de allí, no me di cuenta de que dejaba algo demasiado importante atrás y no quiero perderlo.

Mi madre me mira perpleja, como si lo que estuviera diciéndole fuese una locura de las mías. Entonces sonrío como si supiera a qué me refiero y me deja escapar en paz, y eso justamente es lo que busco, esa paz que jamás había sentido y que Leonardo me ha regalado.

El camino se me hace largo, aún están quitando la nieve acumulada y no dan abasto pues sigue nevando, aunque ya no tanto como hace unos días.

Cuando por fin llego, las puertas están cerradas y me preocupo al instante. ¿Será que se marchó y me dejó así, sin más? Aunque eso mismo hice yo, irme sin más, sin decirle nada. Salgo del coche y camino por la nieve, buscando una entrada, algo que me diga que hay alguien, hasta que llego a la parte trasera y veo a una persona agachada. Camino sigilosa, pues no sé quién es y puede que... dejo de pensar en cuanto se pone de pie y se gira, dejándome ver que es él y que, en realidad, sí existe y no se ha ido. Hubo un momento en el que pensé que había sido un sueño, que no existía de verdad pues lo que nos pasó había sido extraño, algo que no puedes contar porque te tacharían de loco.

Leonardo sonrío y es lo que me hace reaccionar y correr a sus brazos para después fundirnos en un beso desesperado, uno que demuestra que la atracción que sentimos es mucho más fuerte de lo que creíamos. Me aprieta entre sus brazos, encerrándome entre ellos y pegándome a su cuerpo. Profundiza el beso a la vez que unos copos de nieve comienzan a caer sobre nuestras cabezas, avisándonos de que pronto la nieve volverá a hacer de las suyas. Pero no nos importa, no cuando estamos juntos y ni el encierro, ni la tormenta, hará que nos separemos.

FIN



Atención, lector:

El siguiente relato forma parte de la historia de Elsa y Stefan, protagonistas de «Por mucho que pase el tiempo». Si tienes pensado leer su historia, te recomiendo que no leas este relato pues contiene spoilers. Y si decides hacerlo, espero que disfrutes de otro pedacito de la pareja.

Por mucho que no queramos

No todo en la vida de Elsa era felicidad y aunque tenía todo para ser feliz, le faltaban muchas piezas en su puzle para conseguirlo.

Como cada mañana, Stefan la despertaba con un beso en los labios y otro en ese vientre que resguardaba a su hijo Leonard. Sí, debía ponerle el nombre de su padre, al menos para tener algo que le recordara ya que ese hombre no quería saber nada de ellos. Y en las fechas que estaban, pasar con la familia era lo más importante.

La Navidad era una de las épocas del año que más amaba Elsa, pero este año sería diferente. Estaba a punto de ser madre, estaba con el hombre que amaba y su padre no quería saber nada de ella por estar con el amor de su vida. Después de todo eso, las cosas solo irían a mejor o eso pensaba ella.

—Buenos días, mi amor. ¿Has dormido bien? —Preguntó Stefan cuando se percató de que abría los ojos. Besó sus labios al tiempo que se sentaba a orillas de la cama.

Elsa se había sentido mal la noche anterior. Pensaba que se pondría de parto en cualquier momento, por eso el médico le pidió que estuviese en reposo absoluto.

Era día veintitrés y solo le preocupaba que sería la primera Navidad que iban a pasar sin su familia. No solo se sentía mal por ella, también lo hacía por Stefan, ya que ni siquiera Corina podía verle sin que su padre se diera cuenta. Además, echaba de menos ir de comprar con Alicia, cosa que hacían siempre en estas fechas.

—Sí, aunque no me siento muy bien —se quejó al intentar levantarse—. Creo que nuestro hijo quiere salir ya.

Stefan arrugó la frente y se preocupó de inmediato. Aún no tenía contracciones pero si tenía un malestar que no la dejaba ni siquiera levantarse con tranquilidad, algo le pasaba a su mujer.

—No te preocupes, te voy a traer un té para que te sientas mejor.

Salió de la habitación con las ideas muy claras, estaba cansado de que Elsa no encontrara la felicidad que él tanto le había prometido y todo por el orgullo de su padre. Vale que no aceptara que estuvieran juntos, pero de ahí a rechazar a su hija y no querer saber nada de ella, eran palabras mayores. Ambos eran adultos y no tenían que dar explicaciones a nadie que no fueran ellos mismos.

Cuando estuvo lo más alejado de la habitación, cogió el móvil y llamó a su hermana Corina, debía suplicarle que lo ayudase con esto, estaba muy preocupado. Que Elsa estuviera deprimida también era motivo de preocupación y podría no estar al cien por cien para el parto, cosa que la pondría en peligro. Apenas se sentía con fuerzas y parecía estar perdiendo, con el paso de los días, las pocas que le quedaban.

—*Stefan, ¿pasó algo con Elsa?*

La voz de su hermana sonó preocupada; con ella era con la única que podría ser él mismo, contarle todo y desahogarse cuando ya no podía más con la presión.

—Está mal y no sé qué hacer. Se ha sentido mal estos días y creemos que se pondrá de parto



en cualquier momento, pero eso no es lo que más me preocupa.

—*¿Entonces qué es?*

—Sus pocas ganas de vivir es lo que me preocupa, no tiene fuerzas para seguir y tengo miedo de que eso sea un impedimento para salir de esto.

—*Ella es fuerte y vuestro hijo es lo más importante. Ya verás que lo hará muy bien. Saldré hacia tu casa en una hora. No la dejes sola hasta que yo llegue.*

—No pensaba hacerlo.

Cuando colgó, preparó el té y se lo llevó a su mujer. Stefan se asustó en cuanto entró en la habitación, pues no la encontró en la cama y escuchó un grito desde el interior que hizo que sintiera un miedo atroz. Corrió hasta el cubículo y se encontró a Elsa sentada en el suelo y con las piernas llenas de sangre. Comenzó a negar desquiciado y lo primero que hizo fue cogerla en brazos y llevarla a la cama para después ponerle algo de ropa de abrigo, la llevaría al hospital.

—No te preocupes, todo va a salir bien —le dijo mientras la abrazaba con fuerza.

—No sé, Stefan, tengo mucho miedo —sollozó, aferrándose a su cuerpo.

Tras coger lo necesario y abrirla, volvió a cargar con ella hasta el coche y con sumo cuidado, la ayudó a subir para después hacerlo él y arrancar. Debía ir lo más rápido posible, la vida de su mujer y su hijo estaba en peligro.

Los minutos pasaban muy lentamente y el camino en vez de acercarse, parecía alejarse. Debían llegar de inmediato, Elsa no paraba de gritar de dolor. Tenían miedo, mucho miedo. Elsa por su hijo y por lo que le esperaba en este momento y Stefan por perder a ambos.

Después de casi veinte minutos, llegaron al hospital y en cuanto los enfermeros los vieron, salieron a por ella y se la llevaron a toda prisa al interior de la sala de parto donde el doctor la reconocería, lugar donde Stefan no podía pasar a no ser que lo llamasen.

Mientras esperaba lleno de miedo, llamó a su hermana para avisarle de todo y pidió que, por favor, fuera el padre de Elsa. Estaba seguro de que si ese hombre iba, su hija iba a poder con todo. Corina no le prometió nada, pero haría todo lo posible por conseguir que Leonard, dejara atrás el rencor y pensara en lo más importante, el amor de su hija y de su nieto.

Stefan se sentó y levantó unas cinco veces, estaba demasiado inquieto. La primera que llegó fue Alicia, aunque fue sola, puesto que su esposo estaba trabajando e iría cuando terminase.

—Tío Stefan, cálmate. Ya verás que Elsa puede con esto —intentó tranquilizarle con sus palabras y lo abrazó con cariño.

—No sé, Ali. La he visto muy mal y tengo mucho miedo a perderlos. Sé que Elsa va a luchar, que hará todo lo posible...

—¿Y cuál es el problema? —Lo interrumpió.

—Que no tiene fuerzas. Ha estado muy deprimida y no sé hasta qué punto podrá soportarlo.

Se quedaron en silencio, sopesando lo que Stefan había dicho y el miedo siguió reinando en ese momento. Entonces, justo cuando Corina llegaba, el doctor llamó a Stefan para que entrase con su mujer. Ella lo llamaba, lo necesitaba para poder aguantar. Sin decirle nada a su hermana y mucho menos sin percatarse de si llegó sola o acompañada, fue tras el doctor que lo llevaría junto a su esposa.

Le temblaban las piernas, le sudaban las manos y deseaba sacarla de allí y llevársela lejos, tan lejos que nadie pudiese encontrarlos, donde sería felices y vivirían sin pensar en nada ni nadie, solo ellos, solos los tres.

—Mi amor —murmuró en cuanto entró y corrió hasta la camilla. Ella comenzó a llorar—. Estoy aquí, estoy aquí —le repitió—. Y no me iré jamás, nunca te dejaré sola.

—Te amo —declaró ella.

Los enfermeros ya la tenían preparada y solo era cuestión de tiempo que el bebé naciera para darles esa felicidad que les faltaba, sobre todo a ella, que desde que eligió a Stefan, perdió a su padre.

—Yo también te amo.

El doctor comenzó a hablarle a Elsa, pidiéndole que empujase en cuanto él se lo dijera. Una y otra vez, las contracciones la hacían doblarse de dolor. Estuvo así durante más de veinte minutos que se hicieron eternos, hasta que el llanto de su pequeño hizo que despertaran y se dieran cuenta de que una nueva vida estaba con ellos, alguien que sería lo más importante para ellos. No podían dejar de mirarse hasta que una enfermera puso al pequeño Leonard en el pecho de ella y ambos miraron al que era fruto de ese amor por el que tanto habían luchado. Era el fruto de lo que sentían el uno por el otro.

El doctor le pidió a Stefan que se fuera a darles la noticia a los familiares mientras dejaba que Elsa se recuperara para pasarla a la habitación y así poder recibir visitas. No le hizo mucha gracia eso de tener que dejarla sola, pero no le quedó más remedio.

—Nos vemos pronto, mi amor. Voy a decirle a Alicia y Corina que ya nació nuestro hijo. Te amo. —La besó—. Estoy muy orgulloso de ti. —Ella asintió derramando esas lágrimas que quiso retener y no pudo.

—¿Crees que habrá venido? —Él sabía a quién se refería y la verdad, no estaba seguro de ello. Claramente pensaba que no, que su padre no había ido.

—No lo sé. Pero no te preocupes por eso, me tienes a mí y a Corina y Alicia. No estás sola, ahora además tienes a nuestro pequeño. —Apiñó los labios y sonrió—. Seremos muy felices, yo me encargaré de eso.

—Ya lo soy, Stefan. Soy feliz a tu lado.

El doctor volvió a insistirle y al fin tuvo que salir. Cuando llegó a la sala de espera, vio a su hermana y su sobrina. Miró a Corina y ella negó agachando la cabeza en cuanto se percató de que Stefan buscaba con la mirada a su suegro. No podía creer que fuese tan testarudo y que ni siquiera fuese al nacimiento de su primer nieto que, además, llevaba su nombre. Stefan no era una persona

rencorosa, pero eso no se lo iba a perdonar jamás. El dolor que le estaba ocasionando a su mujer, era peor que si le dieran una paliza.

—Vamos a tomar un café —dijo Corina, sabiendo que aún faltaba un poco para poder ver a Elsa y al bebé.

—Sí, vamos tío —insistió Alicia, viendo la negativa de él.

—Está bien. —Suspiró mirando hacia la puerta por donde había salido hacía apenas unos minutos—. ¿Y si me llama el médico? Quiero estar aquí cuando eso pase.

—Lo sé, yo también. Estoy deseando conocer a mi primer sobrino...

—Y yo a mi primo. —Sonrieron—. ¿Cómo es?

—Es el niño más hermoso que he visto en toda mi vida —respondió, orgulloso.

Corina lo abrazó orgullosa y luego tiró de él para llevarlo a tomar algo. Desde que llegaron al hospital hacía ya unas horas, no habían tomado nada y Stefan estaba muy nervioso. Todo el tema de su suegro y el hecho de que a Elsa casi se le complica el parto, lo había tenido muy nervioso.

Los minutos pasaban y Stefan solo miraba el reloj, estaba loco por acabar el café y volver. No iba a perderse nada.

Cuando por fin acabaron, volvieron y se quedaron en la sala de espera, aunque le resultó raro que tras media hora más nadie saliera a decirles nada. Entonces se levantó y buscó a una enfermera que le diera noticias de su mujer y su hijo. Esta le dijo que Elsa ya estaba en la habitación.

Stefan corrió por el pasillo, se había perdido ese tiempo y seguramente Elsa estaría sola esperándole. Corina y Alicia lo siguieron, aunque no al mismo ritmo, Stefan corría demasiado rápido.

Llegó a la puerta y sin tocar, la abrió. Entonces sus ojos se abrieron con sorpresa al encontrar a su mujer abrazada a su padre. Leonard había ido al final. Stefan sonrió complacido y en cuanto vio a Corina y Alicia cerca, las paró para que los dejaran solos.

—Está con Leonard —informó Stefan.

—Sabía que vendría —refutó Corina con una gran sonrisa.

En el interior de esa habitación comenzaba a respirarse tranquilidad, esa que a Elsa le faltaba para tener una felicidad completa.

—Gracias por estar aquí, papá. No sabes cuánto me has hecho falta. —Sollozó Elsa.

—Perdóname, hija, perdóname por haber llegado tan tarde. No quise aceptar tu relación con Stefan y me he perdido los mejores momentos de tu vida. —Volvio a abrazarla—. Nunca más te dejaré, lo prometo.

Elsa lloraba de alegría y en ese momento, Stefan entró en la habitación interrumpiéndoles. Cuando Leonard lo vio, en un principio estuvo reacio, pero no podía negar que había echado de

menos a su cuñado. Caminó hasta él y le dio un abrazo para felicitarlo por esa paternidad, aunque por muchas cosas más.

—Gracias por hacer feliz a mi hija y felicidades por tu primer hijo.

—No sabes lo importante que es para nosotros que estés aquí, Leonard. Te hemos necesitado mucho. Gracias por hacerlo.

\*\*\*\*\*

La noche de Navidad ahora era más importante. Elsa y su bebé salieron del hospital y ya todo estaba preparado para pasar la noche más mágica de todas. Ella pensó que sería una Navidad llena de silencio, de tristeza y no fue así, las cosas cambiaron y volvieron a ser las que eran. Ahora eran uno más en la familia, ese bebé que los había unido a todos porque así debía de ser.

—¿Eres feliz? —Le preguntó Stefan, abrazándola por la espalda.

Elsa había dejado a su pequeño en la cuna para después acercarse al árbol de Navidad y comprobar que estuviera el adorno de su madre, ese que debería tener ella pero que su padre aún no le había dado. Habían estado tanto tiempo sin verse ni hablarse que ella pensó que se había olvidado de aquella reliquia familiar.

—Más feliz que nunca. —Se dio la vuelta—. Todo gracias a ti.

—¿A mí?

—Sí... Stefan, llegaste a mi vida cuando más dolor había en mi alma y la sanaste con tu cariño. Nunca podré olvidar todo el amor que me has dado durante todos estos años. Nunca podré olvidar el amor que siento por ti. Porque...

—Por mucho que pase el tiempo, siempre estaré junto a ti —terminó la frase por ella—. Feliz Navidad.

La besó, apretándola contra su pecho. La besó como solo él sabía hacerlo. La besó con todo ese amor que un día comenzó como un tonto deseo y se convirtió en el más grande que había sentido por nadie.

En estas fechas, no solo necesitábamos amor de una pareja, también el amor familiar es importante. De hecho, creo que es el más importante y hay que cuidarlo siempre. Porque, por mucho que pase el tiempo, la familia siempre estará ahí.

FIN



## Atención, lector:

¿Todavía no conoces la trilogía Besos? Las tres parejas protagonistas son románticas, cañeras y divertidas, ideales para pasar un buen rato. En el siguiente relato aparecen todas, por lo que si te animas a leer la trilogía, tal vez no deberías leerlo para no hacerte spoiler. O tal vez sí para dejarte con la miel en los labios... Tú decides.

## Una Navidad llena de besos

—No puedo creer que Luisa no esté con nosotros estas navidades... Es que...

—Lara, Lara. Para, por favor. Tienes que entenderlo, ellos quieren irse de vacaciones y no podemos negárselo. Ya habrá otras navidades —me interrumpe Rubén.

Lo miro con cara de pocos amigos, asesinándolo más bien porque no puedo entender que Luisa y Cristian vayan a irse de vacaciones a las Islas Fiyi justo en este momento. ¿No hay más meses en el año? No, claro que no, ellos tienen que irse en Navidad. Me parece muy fuerte.

En fin, solo me queda aceptarlo y seguir adelante con la fiesta.

Siento la mano de Rubén en mi hombro y despierto de mis pensamientos. Lo miro con una ceja alzada y sigo mi camino hasta mi pequeño Ángel que no deja en paz a su hermana de un año. Mi pequeña Lara no para de llorar.

—Ángel, deja a tu hermana —lo regaño y lo cojo en brazos.

Me quedo sola con mis pequeños mientras Rubén sube al trastero para buscar el árbol de Navidad. Para mí es una tradición ponerlo el mismo día de Nochebuena, no sé por qué, pero así es. Y no tendría que ser así, puesto que es el día que más liada estoy. Menos mal que más tarde llega Belén para echarme una mano. Teníamos pensado hacer la fiesta en el bar como cada año pero si no están, tendremos que hacerla en mi casa. Total, es más grande y así los pequeños se pueden acostar cuando se cansen.

Cuando baja Rubén con todas las cosas, la princesa de la casa se ha quedado dormida y el pequeño trasto está viendo los dibujos tranquilito, cosa rara en él. Lo de trasto se lo digo por algo.

—¿Lo ponemos ya? —Me pregunta dejándolo todo en el suelo, justo en la esquina de siempre.

—Claro, aprovechemos ahora que están tranquilos, sino después va a ser imposible.

—Tú y tu manía de ponerlo hoy mismo —repite lo que yo misma he pensado hace unos minutos. Lo miro apiñando los labios, reprimiendo las ganas de soltarle una fresca—. No pasa nada, cielo. Lo pondremos cuando tú quieras.

Se acerca a mí y me abraza. Sabe que lo estoy pasando mal, es la primera vez que no lo vamos a pasar las tres juntas y para mí es muy importante tenerlas conmigo siempre. Aunque es cierto que debo entender que cada una tiene su vida y sus planes. Debo entenderlo, más no lo hago.

Pasamos parte de la tarde adornando la casa, ya solo con el árbol hemos tardado más de una hora. Es grande, muy grande y claro, ponerle todas las bolas es tarea difícil. Menos mal que Rubén es alto, porque como tenga que hacerlo yo, tendría que subirme a una escalera.

Sobre las siete de la tarde, Belén llega con mi hermano y voy hasta ella para darle un abrazo y un besito a esa barriguita que crece cada día. Sí, seré tía en breve y no puedo estar más feliz.

—¿Qué, adornando la casa? —Asiento con una sonrisa a la vez que miro a mi maridito—. Tú y tu manía de hacerlo hoy.

—Eso mismo le he dicho yo —interviene Rubén.

—Rubén, Rubén. Te la estás ganando hoy —lo amenazo.

—Para, leona, deja ya a mi cuñado. Desde luego que tienes el cielo ganado con esta fiera,

Rubén —sale en defensa el santo de mi hermano.

—Tú mejor cállate, Martín.

Me da un beso en la mejilla antes de que le caiga una colleja y se va a ayudar a Rubén a terminar de adornar todo mientras que Belén y yo nos metemos en la cocina a comenzar a preparar la comida. Y sigo pensando en Luisa y Cristian, ni siquiera han pasado por aquí para despedirse y se supone que se van en un par de horas. Seguramente no soy tan importante para ellos como para parar en mi casa unos minutos. O puede que lo hayan hecho así para que no intente convencerlos de que no se vayan en un día como este. Podrían haberse ido mañana y cenar con nosotros esta noche, no sé, sería un detalle por su parte.

—¿Qué te pasa, Lara? —Me pregunta Belén, tocando mi hombro.

Me giro para mirarle y sonrío, encogiéndome de hombros. Total, para qué decirle lo que me pasa si ella seguramente estará igual que yo. Nunca nos hemos separado y cuando Belén se fue, lo pasamos muy mal, pero entendíamos que lo necesitaba en aquel momento. Hemos pasado por tanto juntas, son mis hermanas y cuando una falta, nos falta todo.

—Oh, vamos. Ya sé que estás así por Luisa y lo entiendo, yo también estoy mal, pero no dejo de pensar en que su felicidad es Cristian y donde esté él. Si han decidido hacer este viaje, hay que aceptarlo.

—No me puedo creer que estés diciendo eso. ¿De verdad piensas así o te estás quedando conmigo?

—Para nada, es lo que pienso de verdad. Debemos apoyarnos y es lo que hago —su respuesta no hace más que cabrearme, pues pensaba que lo estaba pasando tan mal como yo y no es así.

Dejo de amasar la masa de las galletas y, tras limpiarme las manos, salgo de la cocina para subir a mi habitación unos minutos. No me siento bien y ya sé que esta noche no va a ser como todas.

Belén me deja ir, ya sabe cómo me pongo y es mejor dejarme sola en este momento. Puede que esté exagerando, pero soy así y hasta que no se me pase no voy a poder disfrutar de la noche, de la fiesta. Debería pensar en mi familia, en la gran familia que tengo. Mi Rubén, el hombre que me roba el aliento cada noche y esos besos que solo tengo para él. Mis pequeños, lo más bonito que la vida pudo darme. «Tenemos una preciosa familia», me digo en cuanto veo la foto que tenemos en el pasillo, una que nos hicimos cuando nació nuestra princesa.

Entro en mi habitación y me tumbo un rato en la cama, no puedo estar mucho tiempo puesto que tengo que seguir con la cena y las galletas, mi especialidad y parte del postre.

De pronto, escucho unos toques en la puerta.

—Quiero estar sola —le digo a la persona que está al otro lado.

—Lo sé, pero quiero estar contigo —dice Rubén entrando en la habitación—. Cariño, no me gusta verte así.

Se tumba conmigo y me abraza por la espalda, rodeándome con sus fuertes brazos para

después pegarme más a su pecho. Siento como los latidos de su corazón se aceleran al pegarse a mí, al igual que los míos. Me giro para quedar frente a él y lo miro a los ojos, esos ojos oscuros que tanto me hacen caer en sus garras. Son tan atractivos y lo primero que hizo que me fijara en él.

—Te adoro —le digo para después depositar un pequeño beso en su nariz.

—Yo te amo más que a mi vida.

Me aprieta mucho más y besa mis labios con pasión, arrancándome un gemido desde lo más profundo de mi pecho. Sus manos viajan por mi espalda, bajando lentamente hasta llegar a mis nalgas y apretarlas.

—Como sigas así, no podremos salir de aquí —murmuro con los labios aún pegados.

—Es lo que pretendo.

Suelto una risita nerviosa y él hace que deje de hacerlo cuando su lengua se mete en mi boca, buscando la mía y entrelazarla entre ellas, deseoso de profundizar este beso que hará que nos arranquemos la ropa y nos toquemos, piel con piel. No pienso en otra cosa que no sea su cuerpo junto al mío, pero no es el momento. Además, tenemos visita abajo.

Sus caricias se hacen delirantes, sus besos apasionantes y tiemblo en cuanto toca mi sexo en un leve roce.

—Vamos, para —me obligo a decir.

—No puedo, eres una adicción para mí y te deseo las veinticuatro horas del día. No tengo la culpa de que seas tan preciosa.

Ya me tiene convencida y a punto de caer cuando se escuchan unos toques en la puerta, provocándonos una carcajada.

—¿Lara? Estoy segura de que lo estáis pasando muy bien, pero hay que hacer las galletas —comenta Belén tras la puerta—. Rubén, deja de amasar las tetas de mi cuñada, por favor, prefiero que ella amase otra cosa.

No podemos dejar de reír y Rubén, tapándose la erección, me deja levantarme para abrir la puerta y mirar a Belén. La abrazo porque no se merece otra cosa y dejamos a Rubén en la habitación para volver a la cocina y seguir con la cena. La fiesta debe continuar, la vida debe hacerlo también.

El tiempo comienza a pasar y en cuanto lo tenemos todo listo, Belén y yo nos llevamos a los niños arriba para vestirlos y así poder arreglarnos nosotras. Los hombres se quedan poniendo la mesa y recibiendo a mi padre que acaba de llegar.

—Vamos fatal de tiempo —me apresuro a decir.

—Claro, si no te hubieses metido con tu Rubén en la cama, ahora estaríamos listas.

—¿Envidia?

—Ja, seguro. Yo ya eché el polvo antes de venir, chata —responde, haciéndome reír.



—Y yo esta mañana, pero somos insaciables.

—No, si se ve, bonita —reprocha mirando a mis pequeños.

Abro la boca para responderle, pero ella misma me calla con otro de sus comentarios. Es de lo que no hay.

—Cierra la boca antes de que te vea tu señor esposo y quiera meterla ahí.

No puedo reprimir la carcajada y ella se une a mis risas. Está como una cabra y es verdad eso de que la locura se pega.

Justo a la diez de la noche, bajamos y ya nos esperan en la mesa. Dejamos a la pequeña Lara en el carrito y a Ángel en su trona, justo al lado de papá, como él mismo pide. Me siento en mi sitio y justo cuando vamos a servir, suena el timbre.

—Qué raro. ¿Quién será? —Hago una pregunta al aire a la vez que Martín se levanta para abrir la puerta.

No se escucha nada, de hecho creo que se han tenido que equivocar porque mi hermano ha cerrado la puerta. Entonces entra en el salón y detrás de él están... «Oh, dios mío», pienso. Me levanto como una loca porque no me lo puedo creer.

—¿Alguien nos esperaba? —pregunta Cristian.

Corro hasta ellos y los abrazo con lágrimas en los ojos.

—Aquí estamos, Lara —me dice Luisa al oído.

—Qué cabrones sois, cómo os habéis quedado conmigo —lloriqueo.

—Canija, ¿de verdad pensaste que nos iríamos en Nochebuena? —Me encojo de hombros—. Estás loca. No nos iríamos por nada del mundo. Además, Luisa no podría estar separada de vosotras.

Belén está detrás de mí y al darme la vuelta, me sonríe y le pegó un guantazo en el brazo por mentirme, porque estoy segura de que ella lo sabía. Pero después la abrazo y Luisa se une a nosotras. Nos abrazamos las tres mientras nuestros hombres nos miran con una sonrisa.

Tras eso, nos sentamos a cenar, siendo ahora una noche perfecta. Me faltan dos personas en esta misma mesa, pero ellas no podían venir y yo tampoco les podía insistir más de lo que lo hice hace días. Mi nona y mi madre sienten todavía vergüenza con mi padre después de tantos años que no podemos pasar una Navidad completa solo por eso y la verdad, no las culpo. Aunque me gustaría que fuera una Navidad más perfecta, más de lo que ya lo es y tener a toda mi familia unida, juntos.

Cuando terminamos de cenar, dejamos que los hombres recojan mientras que nosotras nos encargamos de apartar los muebles para crear así una pista de baile en el salón. Dejamos una mesa en la esquina donde está la bebida y ponemos la música; comenzamos con unos villancicos para después seguir con algo más actual.

Mis pequeños están casi dormidos a pesar del ruido. Descanso unos minutos de tanto baile y

me acerco a la ventana, me gusta mirar por la noche, comprobar cómo se empañan los cristales por el frío que hace fuera mientras que dentro hace calor gracias a la chimenea. Me encanta la sensación. Justo cuando me voy a dar la vuelta para seguir con la fiesta, siento que los brazos de Rubén me aprietan a su pecho a la vez que deposita un beso en mi cabeza.

—¿Feliz?

—¿Lo dudas? —Respondo con otra pregunta.

—No, nunca he dudado de que lo seas.

—¿Entonces por qué lo preguntas? —Me giro para mirarle.

—Porque me gusta escucharlo de tus labios, aunque ya me lo digan tus ojos.

—Eres todo lo que necesito para serlo... tú y nuestros hijos sois mi felicidad.

—¿Sabes? Tengo un regalo para ti. —Frunzo el ceño—. Cierra los ojos.

Hago lo que me pide y me abraza más fuerte justo cuando sus labios rozan los míos, dándome un beso que me desmonta, que me enloquece y me calienta. Y es que, solo uno de sus besos, puede hacerme perder la cabeza al igual que hacer que la encuentre.

Uno de sus besos es lo que necesito para seguir respirando. Porque no hay día sin sus labios. Porque no hay navidad sin sus besos.

FIN

## El árbol que me llevó hasta ti

Llevo al menos diez minutos escuchando la puerta de casa, pero no tengo ganas de levantarme de la cama. ¿Será que quién quiera que sea se irá aburrída de tocar? Me giro con la intención de volver a coger el sueño y casi lo consigo cuando el timbre vuelve a sonar. «Insistente, claro que sí», pienso a la vez que me destapo con toda la poca gana del mundo porque hace un frío de mil demonios. Cojo la bata de pelo que mi madre me regaló el invierno pasado y me la pongo para después salir. No he mirado la hora, ¿para qué? Si compruebo que es temprano me voy a poner de mal humor y hoy es un día que quiero disfrutar a tope.

El timbre vuelve a sonar.

—¡Ya! Joder —farfullo llegando hasta la puerta. La abro y alzo una ceja—. ¿Quién eres? — Pregunto de mala manera al hombre que tengo frente a mí.

—Buenos días, vecina —me saluda con una sonrisa.

—Serán para ti. ¿Qué quieres? —Vuelvo a hablarle mal.

—Verás, me he atrevido a venir a saludarle y de paso avisarle de la fiesta que haré esta noche en mi casa, lo digo por eso del ruido y la manía de llamar a la policía —expresa irónicamente.

Me quedo callada unos segundos, buscando las palabras adecuadas para mandarlo a la mierda por haberme despertado a las... Miro el reloj de la entrada y abro los ojos desorbitadamente al comprobar la hora y es lo que consigue sacarme de mis casillas tan temprano.

—¿Eres consciente de que me has despertado a las nueve para decirme esa gilipollez? —Va a hablar, pero se lo impido—. No, no digas nada más y lárgate...

—Perdone usted, majestad —se burla de mí.

No quiero perder los estribos tan temprano, debo controlarme. Mi madre siempre me dice que cuente hasta diez y si no consigo calmarme, hasta veinte, aunque hay veces que ni llegando a cincuenta lo consigo como es en este caso.

—Si te apetece, puedes pasarte por la fiesta. Vivo aquí al lado. Soy Eliot, tu nuevo vecino.

Lo que más coraje me está dando es que él siga como si nada, como si no fuese con él. ¿Cómo puede haber personas así? Yo estoy a punto de un ataque y él tan tranquilo.

—Me importa una mierda tu fiesta, nuevo vecino. —Voy a cerrarle la puerta en la cara—. Ah y una cosa te digo, como a las dos de la mañana aún no haya podido dormir por tu fiestecita, llamo a la policía. ¡Quedas avisado! —Y cierro de un portazo sin dejarle responder, aunque ni eso hace que se calle. Lo escucho farfullar tras la puerta.

Camino hasta mi habitación de nuevo para volver a la cama con la esperanza de poder dormir una horita más, ya que estoy cansada de madrugar durante toda la semana. Trabajo en el vivero de la familia y en esta época del año es cuando más se trabaja. ¿Qué serían las navidades sin un árbol de Navidad? Hoy no trabajo, pero tengo el móvil cerca por si mi padre me llama. Seguramente necesitaré ayuda, aunque yo necesite este día para hacer algunas compras.

Me acuesto y tras dar tres vueltas, me quedo dormida.

\*\*\*\*\*

El teléfono que dejé bajo la almohada suena en mi oreja. Lo cojo sin mirar quién es y mucho menos la hora. Mi padre está al otro lado de la línea, lo que me temía.

—Eva, hija. ¿Aún estás dormida?

—¿Qué esperabas? Llevo dos meses levantándome a las seis de la mañana, necesitaba descansar.

—¿Sabes la hora que es? Hija, son casi las tres de la tarde.

Me levanto como un resorte, sin pensar en los mareos que me dan cuando hago esto y me veo obligada a echarme hacia atrás otra vez hasta que mi cabeza deja de dar vueltas. Cuando lo consigo, me levanto despacito como las ancianas.

—Hija, ¿sigues ahí?

—Sí, papá. ¿Qué quieres?

No quiero sonar brusca, pero a veces es inevitable. O es que soy un ogro, también puede ser.

—Necesito que vengas esta tarde a echarme una mano. Esta mañana hemos estado hasta arriba y me veo cerrando a las once de la noche.

Me paso la mano que tengo libre por el rostro, solo me falta abofetearme. ¿De verdad no puedo tener ni un día de descanso?

Tras prometerle que iré en un par de horas, cuelgo y me voy al baño para darme una ducha y así despertarme. He dormido más de lo que debía, tanto que ni siquiera he comido y me muero de hambre. Cuando termino de ducharme y arreglarme, cojo mis cosas y salgo de mi casa. Comeré algo en el restaurante que hay al lado del vivero, tiene la comida casera más buena que he probado en toda mi vida.

Camino por el rellano y se escucha música en el piso de al lado, parece que el vecino ha empezado pronto. Voy a subirme en el ascensor cuando la puerta de Eliot se abre y lo veo salir. Parece que está solo y cuando me ve, sonrío con chulería y esa actitud de gilipollas es la que me hace querer patearle las pelotas. Entramos en el ascensor en silencio hasta que comienza a hablar.

—Vecina, te veo con mejor cara. ¿Has dormido bien?

—¿Te he dado alguna confianza para que me hables cada vez que te plazca? Yo creo que no, así que por favor cállate o me bajo por las escaleras, aunque vivamos en un décimo.

—Veo que no —sigue a lo suyo.

Me miro los pies por no mirarle y le doy al cero para empezar a bajar. Quiero silencio y me lo da, aunque solo dura dos segundos cuando ya me está hablando otra vez.

—¿Te pasarás por la fiesta?

—No me hables, no me tutees, no te hagas el amigable porque no seremos amigos. ¿Queda claro? —Siseo mirándole a los ojos.

Nos quedamos en silencio unos segundos, esta mañana no me había dado cuenta de los ojos tan bonitos que tiene, lo único que tiene bonito porque... «¿A quién quiero engañar? El vecino no está nada mal, pero es irritable», pienso sin dejar de mirarle. Me obligo a romper el contacto y cojo mi móvil para ver otra cosa que no sea él. Y parece darse cuenta pues suelta una risita que me pone de los nervios.

—Puede que al final nos llevemos bien, piénsalo.

Justo cuando voy a responderle, las puertas se abren y él sale del ascensor rápidamente, aunque antes de salir del edificio, se da la vuelta y me guiña un ojo.

No me puedo creer que me provoque tanto y lo vea guapo. Desde luego que no soy normal, nunca lo he sido y no creo que lo sea jamás. Suspirando, meto el móvil en el bolso y salgo del edificio para después buscar mi coche y ponerme en camino, ya he perdido demasiado tiempo con el vecino y mi tiempo es oro.

A las seis de la tarde estoy entrando en el vivero después de haber comido más de la cuenta, ya que tenía mucha hambre. Veo a mi padre tras el mostrador y a mi primo Jorge atendiendo a una familia. No veo a mi tía por ninguna parte, deduzco que estará en la parte de atrás con otro cliente. El vivero es de mi padre, pero cuando enviudó, mi tía se empeñó en echarle una mano y cuando mi primo se graduó en la universidad, como no encontraba trabajo de su especialidad, le pidió trabajo. A mí me pasó lo mismo que a mi primo, al final nos hemos quedado en el negocio familiar. Total, va muy bien y vivimos bien.

—Ya era hora, hija —dice mi padre dándome un beso en la mejilla.

—Fui a comer, he dormido tanto que ni había comido y no querrás tenerme aquí sin probar bocado, ¿verdad, viejo? —Le devuelvo el beso.

A mi padre es al único que trato con cariño, no soy cariñosa con nadie más y eso es algo que me pasa factura a veces. Mi primo al verme y tras despachar a los clientes, viene y me saluda con

un efusivo abrazo. Nos vemos a diario, pero tenemos buena relación.

—Por fin llegó la malhumorada de mi primita. ¿Cómo estás hoy? Seguro que te comes a todo el mundo, al ser tu día libre y...

—Mejor no sigas si no quieres pagar todos los platos rotos, primito.

Levanta los brazos con una sonrisa y se va a atender a otros clientes. Entro en la caseta y dejo mis cosas para después ponerme el delantal y los guantes, no vaya a ser que me haga algún corte o algo con lo torpe que soy.

Salgo y castaño los dientes, cada vez hace más frío y debería haberme abrigado más. Mi padre se da cuenta y me da su chaqueta, y yo le doy un beso en la mejilla. Me fijo en que, en la parte delantera, no hay apenas clientes y ya los están atendiendo mi primo y mi padre, así que camino hacia la parte trasera para ayudar a mi tía. A veces los clientes vienen a esta zona, es donde tenemos los mejores árboles, los más grandes.

Voy caminando despacio, mirando al suelo, contando las piedrecitas que decoran el suelo cuando, sin darme cuenta, choco contra algo y caigo al suelo de culo, clavándome todas las puñeteras piedrecitas.

—¡Joder! Hay días que es mejor no salir de casa —exclamo a la vez que veo una mano delante de mi cara. La cojo sin percatarme siquiera de quién es y cuando lo hago, cuando miro a la persona que me ha hecho caer, no puedo más que maldecir—. Tú...

—Vecina, qué casualidad verte aquí. Y lo siento por hacerte caer, estaba tan maravillado viendo los árboles que no me di cuenta. ¿Te has hecho daño? —No para de hablar y no sé si es porque es así de nervioso o porque le gusta fastidiarme.

No le respondo, solo puedo gritar en mi mente porque estoy en el trabajo y tengo que controlarme.

—¿Siempre eres así? —Digo al fin.

—¿Así como? Soy normal. —Me río—. Vaya, al menos he conseguido hacerte reír y no gritarme. —Me callo.

—Eres irascible, seguro que te lo han dicho mucho. Ah, y eres un pesado. No paras de hablar y me pones de los nervios y eso que solo te conozco de unas horas. Lo siento, debía decírtelo —expreso rápidamente y lo veo sonreír—. Y lo peor de todo es que sonríes por nada. ¿La vida es buena contigo?

—No me puedo quejar. ¿Por qué lo dices? —Niego, encogiéndome de hombros.

—Va, por nada. ¿Qué haces aquí? ¿Acaso me estás siguiendo?

Vuelve a reír y niega. No puedo... no quiero mirarle porque el capullo tiene una sonrisa bonita o seré yo estoy tan desesperada que veo guapo hasta al papa.

—Vengo a por un árbol, ni siquiera sabía que trabajas aquí. No nos conocemos de nada.

—Cierto.

Me giro para buscar a mi tía y que lo atienda ella, pero mi gozo en un pozo porque está atendiendo a otra familia y no hay nadie más que yo para atenderle. Eso parece hacerle gracia porque se ha dado cuenta y no para de mirarme con una gran sonrisa en los labios. No puedo con este hombre, de verdad que no y encima lo voy a ver todos los días. Ruedo los ojos y me acerco a él de nuevo para enseñarle los árboles.

Llevamos al menos quince minutos y aún no ha encontrado el que le gusta. No creo que sea tan difícil encontrar un jodido árbol al que va a llenar de adornos después. ¿Qué más da como sea? Pues no, él necesita un árbol robusto, que la gente entre en su casa y se quede maravillada por lo bonito que es.

Me quedo a un lado mientras él sigue mirando todos y cada uno de los árboles que tenemos que son, nada más y nada menos que doscientos. De verdad que no tengo todo el día para esto. Los toca, los huele y yo pongo una mueca de desagrado. Él me mira y ve mi cara, cosa que le hace gracia y suelta una carcajada, algo que a mí no hace más que molestarme.

—¿Has terminado ya? Mira, este es precioso, es el mejor que tenemos.

Lo mira de arriba abajo y vuelve a tocarlo. Yo me acerco a él para impedir que toque más, para eso hay carteles que ponen claramente “No tocar”. Creo que a partir de hoy pondremos uno que ponga: “No oler”. Surrealista.

—No sé.

Cuando voy a coger su mano para que no lo toque, no sé ni cómo ni cuándo han puesto la maceta delante de mis pies, pero tropiezo dándole al árbol y caen unos cinco como si fueran las piezas de un dominó. Eliot me coge de la cintura para que yo no caiga sobre ellos y quedo apresada entre sus brazos, unos brazos que no parecían tan fuertes o que yo no me he fijado bien esta mañana. Nos miramos unos segundos, ambos desconcertados y el tiempo se congela. Trago saliva, él también lo hace y, por estúpido que parezca, ya no tengo frío.

—¿¡Qué cojones ha pasado aquí! —Escucho el grito de mi padre.

Eso nos hace despertar del trance y me fijo en el estropicio.

—Eva, ¿en qué piensas, hija?

—Estoy bien, papá. A mí no me ha pasado nada, gracias por preocuparte —le digo irónicamente.

—Muy graciosa. Recoge todo antes de que lo vean más clientes y no quieran comprar ninguno.

Se da la vuelta y se marcha. Yo me giro y veo a Eliot recogiendo solo. Camino hasta él y le ayudo.

—Siento que hayas tenido que ver a mi padre así —me disculpo.

—Yo siento tocar todo, no vuelvo a hacerlo.

—No lo sientas, todo el mundo lo hace por muchos cartelitos que dejemos. —Me encojo de hombros.

—Creo que me llevaré este, de alguna manera es el que me ha conectado contigo.

Me quedo callada. Ese comentario me ha dejado completamente bloqueada, sin nada que decir por increíble que parezca pues no suelo quedarme muda por nada.

Lo coge con cuidado y llamo a mi primo para que lo ayude a cargarlo en el coche. Ni siquiera se despide y no dice nada gracioso, es como si me faltara eso, el comentario estúpido. Lo veo marcharse y me mira unos segundos para luego volver la vista al frente y salir del vivero.

Con un largo suspiro, sigo mi trabajo hasta las diez de la noche. Cuando termino, cojo todo y me despido de mi familia, estoy tan cansada que rechazo la invitación de mi tía a cenar. Prefiero quedarme en mi casa con el pijama, la estufa y una buena película; probablemente llamaré a la pizzería y así completo la noche.

A las once de la noche estoy entrando en mi casa y cuando hago todo lo que había pensado, me siento en el sofá a esperar la cena. Mientras tanto, busco alguna película y cuando la encuentro, me acurruco en el sofá. Justo cuando la película está empezando, la música en la casa del vecino empieza a sonar fuerte, muy fuerte, tanto que me tiemblan hasta las paredes. Maldigo para mis adentros, él me avisó y he pasado un día tan largo y lleno de sorpresas, que no me había acordado.

Me levanto y camino hasta la ventana pensando en él, solo en él. Es una jodida estupidez que piense en alguien al que apenas conozco, pero haber discutido con él durante el rato que hemos estado juntos, ha sido lo más divertido que me ha pasado en mucho tiempo. Además, cuando me agarró para no dejarme caer me hizo sentir extraña, algo que no puedo explicar porque no hay explicación coherente para ello.

Cansada de escuchar la música, de pensar en él y recordando su invitación, camino hasta mi habitación y me arreglo para ir a esa fiesta. Cuando estoy a punto de terminar, escucho el timbre y voy a por la pizza. «La llevaré a la fiesta», pienso mientras le pago al repartidor. Termino de pintarme los labios y después de muchos suspiros, cojo la pizza y salgo de mi casa para dirigirme a la suya. Me quedo unos segundos en la puerta que está entreabierta, sopesándolo mil veces porque lo que estoy haciendo no es propio de mí y mucho menos después de haberlo tratado tan mal. Tras pensarlo mucho, entro en la fiesta buscándolo con la mirada y lo primero que veo es el árbol de navidad ya decorado. Tenía razón, es tan bonito que no puedo dejar de mirarlo. Camino hasta él y lo toco.

—Creía que no se podía tocar —escucho tras de mí. Me giro y lo veo—. Pensé que no vendrías.

—No iba a venir, pero he recordado que tenía una invitación.

—Me alegro de que tengas buena memoria. ¿Esta pizza es para mí?

—Para los dos —respondo y él sonrío.

Coge mi mano y al entrelazarla con la suya, siento un escalofrío que me recorre el cuerpo. Me lleva hasta la barra y deja la pizza. Hay poca gente, pensé que habría más y cada uno está a lo suyo, así que él abre la pizza y me pone un pedazo en la cara.

—Toma. —Le pego un bocado mientras él sigue sosteniéndolo sin dejar de mirarme—. ¿Está



buena?

—Muy buena. —Gimo cerrando los ojos.

Lo oigo suspirar y ahora soy yo la que sonrío.

Volvemos a quedarnos en silencio, aunque es un silencio cómodo. Observamos a todos mientras bailan y seguimos comiendo.

Nos pasamos toda la fiesta hablando y conociéndonos. No sabía que podía reírme tanto con alguien que está igual de loco que yo. Ambos tenemos muchas cosas en común, aunque también chocamos bastante y es que no puedo entender como puede haber personas que vivan la vida así, sin pensar en los problemas diarios que se suelen tener. Yo soy de las que me como la cabeza todo el tiempo y busco problemas donde no los hay, él no, él es diferente.

—¿Por qué eres así?

—¿Así como?

—Tan positivo. —Frunce el ceño mientras se encoge de hombros.

—No sé, supongo que prefiero vivir sin pensar en los problemas a estar martirizándome por ellos. Siempre es mejor buscar soluciones, ¿no? —Asiento.

Ya cada vez hay menos personas en la fiesta, muchos se han despedido y prácticamente estamos solos. Eliot se ha puesto más cerca de mí y estoy nerviosa, muy nerviosa.

—¿Y tú por qué sufres tanto? Eres hermosa, tienes un trabajo que te gusta y una casa para ti sola. ¿Por qué eres tan irritable? —Abro la boca y la vuelvo a cerrar soltando una risita nerviosa —. Si siempre estuvieras así...

—¿Así como?

Se acerca más, casi rozándonos.

—Así de risueña, te ves más hermosa todavía y me gusta mucho como ríen tus ojos. Además, tus labios son tan...

—¿Tan qué? —Le interrumpo.

No me responde con palabras, sino que pega sus labios a los míos. No sé si es por el alcohol, la música ambiental que se pone cuando ya solo quieres tranquilidad, la cena tan amena que hemos tenido o la riña de la mañana. No sé si es porque es un completo desconocido para mí o el simple hecho de que vea la vida con positividad, o puede que sea por ser tan irremediabilmente atractivo. No sé si es porque yo necesito a un hombre como él en mi vida o que cuando me agarró cuando se cayeron los árboles sentí una conexión que hacía tiempo no sentía con nadie.

Sus labios no dejan de dar calor a los míos y gimo en su boca en respuesta a una caricia furtiva en mi espalda; el vestido que llevo es el culpable, llevo la espalda al descubierto. Al separarnos, nos miramos con la respiración agitada y el corazón a punto de salirse por la boca.

—¿Sabes? Tocaba los árboles porque sabía que te fastidiaba y estuve buscando el adecuado

durante un largo tiempo solo para pasar más tiempo contigo, cuando ya tenía el elegido desde el primer momento. —Abro la boca, sorprendida, y suelto una carcajada.

—¿Ha merecido la pena la búsqueda?

—Ajá, es el mejor árbol de Navidad que he tenido en mi vida. Es el árbol que...

—Me llevó hasta ti —le interrumpo.

—Exacto —responde mirando mis labios de nuevo.

Me pega más a su cuerpo, su boca busca la mía y me besa de una manera tan especial que no podré olvidar. Solo nos sentimos así una vez y me alegra sentirlo ahora con él.

FIN